

**Capítulo de Un ladrón entre nosotros
de Claudia Piñeiro**

Encuentro en la Biblioteca

Al día siguiente, Luba y Roberta me vinieron a buscar en un recreo.

–¿Podemos hablar con vos? –dijo Luba.

Y el problema esta vez no fue lo que dije, porque dije “sí” y esa fue una respuesta razonable a la pregunta formulada. El problema fue que me puse colorado, desde la frente hasta la punta de los pies. El calor me subía y me bajaba como si alguien estuviera lanzando bolas de fuego dentro de mí. Por suerte, ellas no estaban muy atentas a mis calores; ni siquiera me miraron. Estaban preocupadas por otra cosa, observaban a su alrededor, a un lado y al otro, tratando de confirmar que no había nadie cerca espíándonos.

–Te esperamos en el próximo recreo en la biblioteca –dijo Luba, y se llevó a Roberta de la mano.

Sonó la campana, y para cuando llegué al aula, después de pasar por el baño a lavarme con agua fría, mi cara ya no ardía. Teníamos clase de Matemáticas. Divisiones y multiplicaciones. Hice los ejercicios más rápido que nunca. Me gustan las Matemáticas, pero además quería que la hora pasara rápido; estaba ansioso porque llegara el momento de estar en la biblioteca escuchando lo que Roberta y Luba me querían contar. Cada tanto, en medio de la clase, cruzábamos miradas los tres, pero con mucho cuidado de no delatarnos. Ellas también parecían ansiosas. Cuando fue la hora del recreo, Iván se me pegó.

–¿Jugamos a la pelota?

–No, hoy no, voy a leer un rato a la biblioteca...

–Ah, me gusta la idea, te acompaño... –me dijo, entusiasmado.

El entusiasmo no se debía a que Iván fuera un buen lector; yo tampoco lo era, pero cada tanto íbamos a la biblioteca juntos a ver la enciclopedia donde aparecía el cuerpo humano desnudo y a leer nombres prohibidos. No es lo mismo decir ciertas palabras que verlas escritas en una enciclopedia. Uno aprende, por ejemplo, que frases como “esa palabra no se dice...”, nunca son terminantes. Y que siempre habrá excepciones permitidas. Porque te dicen “no se dice”, y después la mismísima palabra aparece impresa en una enciclopedia de la lengua castellana. Y, si aparece en una enciclopedia, será porque, en algunas circunstancias, alguien la dice, o la palabra habría desaparecido. Tita, la bibliotecaria, debía pensar algo parecido acerca de la enciclopedia y sus palabras prohibidas. Nunca lo hablamos, pero, cuando descubrió lo que hacíamos, no nos retó, aunque puso una condición para prestarnos la enciclopedia en el futuro: que cada día, antes de usarla, debíamos leer un cuento, uno por recreo. Si queríamos podía ser uno corto, por lo menos las primeras veces; y sólo después de hacerlo, nos podíamos dedicar “a incrementar nuestros conocimientos acerca de las Ciencias Naturales”. Me pareció un trato justo, pero, por esas cosas que a veces suceden sin que uno se las proponga, todavía no lo había utilizado.

Hasta ese día, en que usé su proposición, pero con otros fines.

–Es que no creo que te diviertas, voy a leer un cuento que me preparó Tita
–le mentí.

–¡Dale, Ramón, y después vemos las láminas del cuerpo humano!

–Es que es un cuento muy largo... No sé si va a quedarnos tiempo para la enciclopedia.

–Hacemos que lo leemos...

–Tita después te lo toma...

–Le mentimos un poco, leemos renglones saltados como para poder inventar...

–Y me dijo que después hay que contar el cuento en el aula... a todos los chicos, y a los chicos de otros cursos...

–¡Qué pesada!

Por fin sentí que la excusa empezaba a funcionar, pero, para no dejar margen de error, agregué:

–Y es un cuento de tres hermanitas huérfanas que juegan todo el día a la muñeca, y un día se ensucia la ropita e de las muñecas y la tienen que ir a lavar al río...

–No, pará, pará, no me interesa nada ese cuento... Mejor andá vos. Yo voy a ver si encuentro a alguien para jugar a la pelota un rato.

Y se fue. Llegué a la biblioteca unos minutos tarde.

Luba y Roberta me estaban esperando. No parecían enojadas por la tardanza. Leían juntas un libro que cerraron al verme llegar y dejaron en una silla al costado de la mesa.

–Roberta está segura de que las monedas las puso en su monedero, y yo estoy segura de que Ámbar dejó su pluma dorada en la cartuchera– empezó Luba.

–O sea que las dos estamos seguras de que alguien se está llevando cosas de nuestra aula–dijo bajito Roberta.

No agregué nada. Sólo asentí. Yo también estaba seguro de que alguien se había llevado esas cosas. Y no sabía por qué. Tal vez por la cara de Roberta el día que le sacaron sus monedas. O por la de Ámbar, cuando mentía que una de las plumas de sus compañeras podía ser la suya. O por la de Luba, cuando miraba la cara de Ámbar cuando mentía. O porque tal vez yo tenía la misma intuición que la señorita Inés para detectar rayas trazadas sin regla; sólo que yo la usaba para otra cosa. Lo cierto es que ya lo sabía, y por eso fue que no me sorprendí cuando ellas me lo dijeron. Sí me sorprendí después, cuando me explicaron para qué

me habían citado allí.

–Queremos armar un equipo para descubrir quién es el que se llevó las cosas –dijo Luba.

–Y queremos que en ese equipo estés vos, Ramón ... –dijo Roberta.

Otra vez las bolas de fuego dentro de mi cuerpo.

–¿Por qué yo?

–Porque necesitamos un hombre. Creemos que el ladrón es. un hombre...
–dijo Luba.

–¿Por qué piensan eso?

–Porque los dos robos fueron a mujeres –habló otra vez Luba, mientras Roberta asentía.

–¿Y eso qué tiene que ver...?

–Que entre ustedes no se van a robar... –dijo Roberta tímidamente.

–Tengo mis dudas de que no pudiéramos robarnos entre nosotros. De lo que no tengo dudas es de que ustedes entre ustedes sí podrían... Mirá como se agarraron de las mechas el otro día.

Las chicas dudaron, se miraron. Hubo un silencio y luego Roberta le dijo a Luba:

–Tiene razón.

Y Luba también lo reconoció.

–Estamos de acuerdo en que las cosas se las llevó alguien. Pero puede haber sido hombre o mujer. Incluso estuve pensando que podría haber sido alguien que no esté en el aula con nosotros, que no sea nuestro

amigo -dije.

–Ojalá... –dijo Roberta.

–Tendríamos que montar guardia cerca de la puerta del aula todos los recreos, empezando mañana. Cualquier movimiento sospechoso, lo investigamos. ¿Qué les parece? –dijo Luba–. Creo que entre los tres lo podemos descubrir.

–¿Aunque ya no sirva tanto que sea hombre? –dije yo.

Las chicas se miraron y asintieron con la cabeza.

–Yo quiero que vos estés. ¿Vos querés? –preguntó Roberta.

–Sí, quiero –dije.

Las chicas se tentaron de risa con mi frase, que sonó a casamiento, y yo, que ya estaba empezando a hartarme de mis frases incontenibles, ni siquiera me puse colorado, sino que me reí con ellas.

Luba nos pidió que pusiéramos la mano derecha sobre la suya, y luego inventó un juramento.

–Esto es un equipo de tres, esto es un secreto de tres, esta es una misión de tres: Roberta, Ramón y Luba –dijo ella.

Y nosotros repetimos.

–Esto es un equipo de tres, esto es un secreto de tres, esta es una misión de tres... Roberta, Ramón y Luba.

–¡Hip, hip, ra! –dijimos y alzamos las manos en el aire.

Se pararon para irse. Yo también me paré.

–Vos salí dentro de dos minutos, así no despertamos sospechas –dijo

Luba, y me empujó otra vez sobre mi silla.

–Chau –dijo Roberta y me regaló otra sonrisa rodeada de pecas.

Obedecí. Evidentemente no iba a ser yo el capitán de ese equipo.

Mientras esperaba a que pasaran esos dos minutos me puse a hojear el libro que las chicas habían dejado en la silla al costado de la mesa. Era la misma enciclopedia que íbamos a leer con Iván en los recreos. El lápiz negro de Luba había quedado entre la página 356 y la 357, justo donde aparece el cuerpo humano desnudo.